

con amarga sonrisa—los que hemos nacido sin nombre, tenemos muchos, ya oíréis hablar de ella y de mí. Quizá nos negaréis á los dos...

—¡Negaros, príncipe!

—¿Y por qué no? Aun cuando no os digan más que la verdad, tendréis ese derecho.

—Os juro...—empezó María de los Amalfi.

—Dejadme—interrumpió Fulvio,—dejadme hablar como si pudieseis comprenderme.

Vos sois buena, generosa; sé bien que mis palabras van al fondo de vuestra alma y se graban en ella, y más tarde, cuando comprendáis su sentido que ahora se os escapa, sé que diréis: «—Lo que había en él de noble le pertenecía, lo demás fué el crimen de su destino.»

—Sí, sí—prosiguió animándose;—sé que pensaréis así, viuda del santo que he elegido por mi patrón en el cielo, viuda de Mario Monteleone que tantas veces he visto en sueños, y que tantas otras me ha dicho:

«—Protege á mi esposa y á mis hijos. Para ti no hay salvación en la tierra, tu salvación está en el cielo!»

—¡Oh, mi querida y respetable hermana! ¡Madre mía! Vos me preguntasteis la primera vez que os estreché la mano: «¿Por qué hay lágrimas en vuestros ojos?»

¿Por qué ese llanto en los vuestros, mi dulce amiga? ¿Se sabe por qué en ciertas horas solemnes el corazón se entenece y quebranta? Dentro de algunos minutos estaré frío como el mármol y duro como el acero.

Ahora lloro, los dos lloramos. Amigos ambos de ayer, ¿no os parece que hemos pasado la vida entera amándonos?

—Sí, Fulvio—murmuró la condesa;—os amo con toda la fuerza de mi alma! Os amo tanto, que

pido á Dios un milagro. ¡Sed hijo mío, sed hijo mío!

Coriolani se dejó caer de rodillas, imprimiendo un ferviente beso en las manos de la condesa.

—Si yo fuese vuestro hijo, María, os tomaría en mis brazos para llevaros como un tesoro muy lejos de Nápoles y de Italia. Tan lejos, que no pudieseis jamás oír la voz de aquellos que dentro poco os dirán quizá quién soy.

—Pero ¿quién sois, en nombre del cielo?—exclamó la condesa.

—Yo soy ahora—contestó Fulvio Coriolani con triste calma—el amigo del rey de Nápoles, pero dentro de dos horas seré para vos el bandido sanguinario y cobarde que pasó el cordón de seda en torno del cuello de Mario Monteleone, vuestro esposo!

—¡Por el nombre del mismo Monteleone y por mi salvación eterna—exclamó María exaltada—desafío á quien intente hacerme creer tan infame calumnia!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

## VIII

## La promesa

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Fulvio sonreía amargamente. Su proceder estaba en evidente contradicción con su vida entera.

Este hombre que había ganado tantas victorias con sólo mirar en el cielo el astro que llamaba su estrella; este hombre que hacía quince años jugaba, sin perder nunca, el más terrible de los juegos de azar; este hombre que era el foco de las bellas elegancias y nobles grandezas de la corte de Nápoles, se sentía desfallecer en la hora

de dar su último combate, y hablaba como Pompeyo en la noche que precedió á la batalla de Farsalia.

¿Qué había pasado por él puesto que ya no poseía el mismo corazón?

Este es el misterio de tales caracteres. La duda los quebranta con más seguridad que á los demás hombres, porque su condición de existencia es la fe. Su pasión es el faro que les guía y la fuerza que los sostiene. Si cesan una hora de desear ardientemente, resbalan y caen.

Coriolani había hecho creer á la corte que era el hijo del mártir de Pizzo.

El rey lo sabía, el príncipe real también; sólo se esperaban las pruebas prometidas.

Estas debían consistir en el testimonio de la madre y en el testamento del padre.

Coriolani poseía este testamento.

Para conquistar el testimonio de la madre viva, aunque loca, se necesitaba un milagro.

Fulvio le había obrado, haciendo abrir á la luz de la razón los ojos de la pobre María de los Amalfi.

Todo estaba, pues, dispuesto para asegurarle el triunfo.

Pero este hombre á quien todo el mundo podía llamar bandido, experimentaba en aquel momento los escrúpulos y delicadezas de un corazón puro.

Su ambición le daba vergüenza.

Dispuesto, pues, á derrocar con pie desdeñoso el pedestal elevado con tantos esfuerzos que le colocaba sobre el nivel del vulgo, dijo á la condesa:

—Señora, no soy de los que no creen en la adhesión y el reconocimiento. Estoy seguro de que creéis imposible tenerme nunca odio ó desprecio.

—¡Oh!—exclamó la viuda de Monteleone—¿odio ó desprecio á vos, príncipe?

Fulvio le tomó la mano y se la besó.

—La calumnia es hábil—repuso—y estáis cerca de enemigos tan poderosos como implacables. Digo enemigos vuestros, porque se tratará de atacar en mi persona á vos y á los herederos de Monteleone. ¿Qué pueden contra mí que estoy cansado de todo y que me anticiparía á caer en sus lazos?

—Pero ¿por qué ese desaliento?—preguntó la condesa.

María de los Amalfi adivinaba vagamente aquella naturaleza incomprensible. Quizá la adivinaba mejor que si su razón hubiese permanecido más firme.

Fulvio repuso después de un corto silencio:

—Señora, podría defenderme y refutar de antemano los ataques que dirigirán á vuestra confianza, pero para esto sería necesario acusarme á mí mismo, discutir, combatir. No quiero hacer tal esfuerzo; sólo os diré lo que os concierne; lo que me atañe personalmente me importa poco.

En la edad de la inexperiencia, la casualidad me hizo dueño de un secreto. Quizá he tardado demasiado en conocer su importancia.

El secreto pertenecía á Mario Monteleone y á vos, señora, su heredera y su viuda.

Cuando le conocí hice un juramento que tardé años en cumplir.

Un día sentí la ambición, y me acordé de mi juramento.

La realización de mi promesa me abrió en efecto una nueva senda.

Estos son mis verdaderos crímenes, señora.

Si puede haber una excusa para la ambición que es un sentimiento humano, es decir egoísta.

consiste en el amor. Tengo esta excusa. El amor despertó en mí la ambición.

¡Yo amaba! ¡oh! ¡yo amaba ardientemente, señora! Este amor me hizo tan fuerte que salí vencedor en una lucha insensata.

Yo rehice en mí la obra de Dios. El que había venido al mundo humilde y pobre, se colocó al nivel de los poderosos de la tierra por el solo influjo de su voluntad.

Si mi deseo me impeliese á ello, mañana sería primer ministro del rey de las Dos Sicilias, á menos que vos os interpusieseis en mi camino.

Pero vos me lo facilitáis, señora, y sin embargo, matáis á la par todos mis deseos.

En el momento en que la condesa iba á protestar, Coriolani la interrumpió con un ademán.

—Pocos instantes nos quedan—añadió—y aun no os he anunciado el objeto de esta entrevista.

Os he dicho que tenía que pedir os mi recompensa. Para merecerla os devolveré vuestros dos hijos. Sé que están en Nápoles y estoy seguro de hallarlos.

María de los Amalfi murmuró emocionada:

—¡Julián mío! ¡mi pobre Celestina!

—Tengo la convicción—continuó el príncipe—de que sólo yo puedo reconquistar para ellos todo lo que han perdido. El rey me atiende; los ministros me temen; el príncipe real me quiere, y toda la familia del soberano me es adicta. Poseo además los títulos que acompañan el testamento del Maestro; la partida de bautismo de Mario, conde de Monteleone, vuestro primogénito, y los de Julián y Celestina. Por último, conozco uno por uno á todos vuestros enemigos.

La recompensa que pido es la siguiente:

He dicho al rey, al príncipe real y á las augustas princesas que yo era Mario, conde de Monteleone, hijo vuestro. Pero no os lo he dicho á

vos, señora. Si os lo hubiese dicho, lo hubierais creído.

Yo me he comprometido á presentar hoy mismo al rey, en el palacio de la princesa de Salerno, donde estará reunida la familia real, las pruebas de mi nacimiento: esto es, el testamento de mi padre muerto, y el testimonio de mi madre viva.

¿Queréis ayudarme á sostener esta fábula?

No me respondáis hasta que haya terminado.

Concluyo, pues, diciéndoos: cualquiera que sea vuestra determinación y aun cuando rehuséis lo que os pido, cumpliré mi deber como ejecutor testamentario de vuestro difunto esposo. Os entregaré los dos hijos de Monteleone, restituyéndolos al propio tiempo las tres partidas de bautismo que encontré en el armario del pabellón de recreo de Martorello.

El rostro de María de los Amalfi revelaba una indecible sorpresa.

—¿Vuestro deseo es, pues, que renuncie á ayudaros con mi testimonio?—murmuró—en todo lo que decís parece que abogáis contra vos mismo.

—La ambición—respondió Coriolani—hace pasar sobre ciertos obstáculos que no se ven cuando es demasiado violenta. Si la ambición languidece ó muere, los obstáculos vuelven á aparecer y algunas veces al superarlos se experimenta yo no sé qué sentimiento de repugnancia. La idea de oír á una pobre madre llamar hijo suyo al que no lo es, es para mí uno de esos obstáculos, y mi ambición desaparece.

—¿Ya no la sentís?

—Tengo otra ambición, y quisiera poder decir que ya no amo.

La imagen de Angélica Doria, tan bella y tan suave, pasó quizá en aquel momento ante sus ojos

que levantó hacia el cielo revelando en sus facciones una mortal tristeza.

—No sé si os habría comprendido en otro tiempo, señor—prosiguió la condesa;—pero hoy que vuestros beneficios me han devuelto el pensamiento, aunque débil todavía, creo entrever vuestros enigmas. Ignoro por qué habéis perdido el valor, y la causa de ese cambio súbito y visible que se ha operado en vos desde el principio de nuestra entrevista. No sé siquiera el nombre de la que era como el alma de vuestra ambición; solamente la compadezco si ya no la amáis, porque siento dentro de mí que ella os amaba, ó más bien, siento que es imposible dejar de amaros.

Yo, aun cuando viviese cien años, no podría olvidar cómo mi corazón ha latido ante la idea de que era vuestra madre.

Y ahora que me habéis desengañado, ahora que me proponéis fría, casi desdeñosamente, yo no sé que contrato que os causa horror á vos mismo, estoy triste, sí, pero no os guardo rencor.

Siento que no podáis ser la gloria de nuestra restablecida familia, pero no por ello dejo de amaros.

Tal vez no he podido adivinar bien el objeto de lo que me proponéis; no obstante, sea este el que fuere, no me ruborizo de decir: acepto.

—¿Aceptáis, señora?—exclamó Fulvio sorprendido.

Sus mejillas pálidas se sonrojaron débilmente. La condesa le contemplaba sonriendo.

—¿Por qué me habíais de ruborizar llamándoos hijo mío, Fulvio?—repuso—mi más halagüeña ilusión ¿no era que me llamaseis «madre mía»? ¡Ojalá fuese posible reanudar este lazo tan prontamente roto! Si tuviese á mi lado á mi hija, le diría: «¡Hé aquí al que debes amar!»

El príncipe levantó vivamente la cabeza para

hablar, pero no se atrevió á modular su pensamiento.

En su lugar, una sonrisa de amarga melancolía vino á entristecer la noble belleza de sus facciones.

—Eso le diría, Fulvio—prosiguió la condesa,—como diré al rey Fernando de Borbón: «Este es el primogénito de Mario, conde de Monteleone, mi difunto esposo!»

## IX

## Suegro y yerno

Era cerca de medio día. La casa del señor Johann Spurzeim, jefe de policía, estaba enlutada por su parte exterior, y el clero de Santa María del Carmen, su parroquia, velaba en el aposento de Bárbara Spurzeim, transformado en resplandeciente capilla.

Todos compadecían al desgraciado esposo, harto débil y enfermo para soportar tan terrible golpe.

Era un buen matrimonio; uno de esos matrimonios solitarios y retirados en que el hombre lo es todo para la mujer y la mujer todo para el hombre.

Los sacerdotes comentaban la desgracia diciendo:

—El honrado señor no llevará luto mucho tiempo. Dios reunirá en el cielo á los que tanto se amaban en la tierra.

Johann Spurzeim había querido probar una vez más la ternura que profesaba á su querida esposa, disponiendo unos funerales espléndidos. El clero de Santa María del Carmen no podía dudar de que un matrimonio compuesto de una esposa tan